

EJERCICIOS ESPIRITUALES.- El “amor sponsal” en el *Cantar* y el *Evangelio de S. Juan* - 14

XIV. LA RESURRECCIÓN (II): EL “ALIENTO” DEL ESPÍRITU (“BESO”) Y EL “APREMIO” DEL AMOR

Las “apariciones” del *Evangelio de Juan* subrayan, junto al “oficio consolador” del Resucitado, los “verdaderos y santísimos efectos” de la Resurrección en los discípulos de Jesús (amor, alegría, paz, reconciliación, comunión...) y el “impulso misionero” en la Iglesia apostólica naciente:

1. Aparición a los discípulos (20,19-23).- Al ‘amanecer’ se ha presentado la “nueva pareja humana” (Xto.-María), símbolo de la “nueva creación”; al ‘atardecer’ se presenta el “nuevo éxodo” de la comunidad de discípulos (reunidos en el Cenáculo y encerrados por miedo a los judíos): evoca la última Cena (contexto eucarístico y eclesial). Jesús se pone “en medio” de ellos y les “da la paz” tres veces (la última con Tomás), mostrándoles las “huellas de la Pasión” (que no es una “anécdota”, sino algo “necesario”: Lc 24,13s): el *Crucificado-resucitado* nos revela la victoria del Amor más grande (“dar la vida por los amigos”).

Los discípulos “se alegran” de ver al Señor (16,20ss) y les “envía” a la misión (que prolonga la suya) “soplando” sobre ellos el Espíritu Santo (“nueva creación”): el “beso” y el “aliento” de Dios que pedía la Esposa; les comunica el poder de “perdonar pecados” y “rehabilitar” al hombre (el Espíritu del amor nos lleva a la verdad y nos justifica): hace posible una Nueva Alianza. Da inicio a la Iglesia y su misión universal (fecundidad del amor): el *Pentecostés joánico*.

2. Aparición a Tomás (20,24-29).- No estaba con ellos, por lo que no es testigo de la resurrección, que es siempre una experiencia personal y eclesial: no se conforma con el testimonio de otros, sino que pide un *encuentro personal* con el Resucitado (“tocar a Cristo”); aunque la fe no se basa en la “comprobación” sino en un “don” de Dios que nos hace confesar a Jesús como Señor y Dios (rindiéndole totalmente la vida). Se nos invita a “creer sin ver” o “más allá” de lo que vemos (las “apariencias” de las cosas), fiados de la Palabra y la Promesa de Dios y del testimonio de la Iglesia: «*Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel día comprenderéis que yo estoy en el Padre, vosotros en mí y yo en vosotros*» (14,19)

La Iglesia es, así, *testimonio* y *transparencia* (presencia viva y operante) del Señor resucitado: un signo que lleva a la fe (“sacramento universal de salvación”): «*Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre*» (20,30-31). Porque la Vida eterna consiste en “conocer” al Padre y a su enviado, Jesucristo (17,3). Al margen de Él no hay vida en plenitud.

3. La Iglesia apostólica (Jn 21).- Representa, como en los *Hechos de los apóstoles*, el “inicio de la misión” de la

Iglesia: una “fecundidad” (sponsal) que brota siempre de la presencia de Cristo en medio de ella; sin Él, “se le acaba el vino” y “no puede hacer nada”. Se subraya el papel de Pedro (el que ostenta el primado) y de Juan (el discípulo amado) en la Iglesia naciente; también la “universalidad” de la Iglesia y su misión (simbolizada en los “siete” discípulos, número de plenitud en relación al paganismo).

a) La primera misión (1-14).- Jesús “se manifestó” a sus discípulos “otra vez” (en Caná “manifestó” su gloria): es Él quien tiene que “revelarnos” su *presencia* y su *misterio* para tener acceso a él. Los discípulos “están juntos”, en comunidad, como en Pentecostés (“*donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*”): un número (7) que significa *plenitud*, en relación al paganismo –como las “siete iglesias” (Ap 2-3)– (12, en el judaísmo). La “pesca” alude a la misión apostólica, en la que Pedro toma la iniciativa; la “noche” expresa la ausencia de Jesús (9,4), que se presenta “al amanecer” (resurrección); su *presencia* y su *palabra* hace posible la “pesca sobreabundante” (él no hablaba ni actuaba por su cuenta, sino “en el nombre del Padre”): *sólo si la acción humana es ‘signo’ de la acción divina es fecunda* (no sólo natural, sino sobrenaturalmente). El “discípulo amado” reconoce a Jesús («*¡Es el Señor!*») -la “clarividencia del amor”- y Pedro “se ciñe”, en *actitud de servicio* (Jn 13), para “dar fruto” (contra la “desnudez”): él lleva la “red llena de peces” (de toda especie: 153) “sin que se rompa” (*unidad y universalidad* de la Iglesia). Termina en un *contexto eucarístico*: las brasas, el pescado, la invitación (“*Venid y comed*”, que evoca Ct 5,1: «*¡Comed, amigos, bebed, queridos, embriagaos!*»), los gestos («*Jesús toma el pan y se lo da; y lo mismo hizo con el paz*»)...

b) Pedro y Juan (15-23).- Jesús pregunta a Pedro dos veces -como su negación- si le “ama” (*agapao*) con un amor como el suyo (oblativo, sobreabundante) y Pedro le dice que le “quiere” (*phileo*) con un amor de amistad. Finalmente, Jesús le pregunta si le “quiere” (*phileo*) a lo que Pedro, entristeciéndose, responde que sí. Así, le hace reconocer con humildad la “fragilidad” de su amor, que tiene que seguir creciendo para “pastorear” y “apacentar” a las ovejas y, sobre todo, para “correr su misma suerte”: dejarse “ceñir” y “conducir” por Dios para glorificarle con su muerte y “seguirle” hasta el final. El “discípulo amado” (que “les seguía” y del que Pedro pregunta: “Y éste, ¿qué?”) nunca interrumpió su *seguimiento* (estuvo junto a la Cruz y allí se consagró enteramente a Él, como María). Lo importante no es el desenlace final de la vida, sino el seguimiento de Cristo. Al final, “queda mucho por decir” (21,24s.): «*Tanto que, por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y han entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender, y mucho que ahondar en Cristo*» (SJCruz).